

OBSCURO, -RA

(oβs'kuro, -ra)

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.

EL LUGAR INVISIBLE

EL LUGAR INVISIBLE

Lola Llatas



OBSCURA
e d i t o r i a l

© 2023, Lola Llatas, en colaboración con
Agencia Literaria Antonia Kerrigan
© 2023, Obscura Editorial, S.L.
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona
© 2023, Laia Baldevey, por la ilustración de cubierta

Primera edición: octubre de 2023

Fotografía de la autora: Francisca Marco
Composición de cubierta: Marc Vilaplana
Edición de texto: Roser Vales i Abenoza y Joana Macià Domingo
Corrección: Joana Macià Domingo y Roser Vales i Abenoza
Maquetación: Joana Macià Domingo

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de copyright, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares.
En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>).

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-126662-5-0
Depósito legal: B 13448-2023

Impreso en Gràfiques Rey, S. L.
Carrer d'Albert Einstein, 54
08940 Cornellà de Llobregat
Barcelona

*Para todas las almas a las que amé y ya no están.
Volveremos a vernos*

Plantada en su recibidor, Gracia miraba fijamente los reflejos que la mirilla de la puerta le devolvía. De vez en cuando se llevaba la mano a la cabeza y se acariciaba el pelo para comprobar que los mechones seguían sujetos al recogido.

Podía escuchar el eco de las voces y las pisadas de afuera. Un par de vecinos se daban los buenos días y se preguntaban por la familia. Sus voces ascendieron libres por el hueco de la escalera.

Aunque eran más de las once de la mañana, el piso permanecía en penumbra. Podía sentir, a sus espaldas, el rumor de los tabiques al crujir. El corredor que vertebraba la vivienda era un gigantesco gusano que se sacudía, empeñado en liberarse de los gritos atrapados en los rincones. Y de las palizas, también de las palizas.

Y del miedo.

La mujer cerró los ojos y se concentró en su propia respiración para evitar escuchar los lamentos que callaban tras ella. El sutil crujido de la butaca en la que Aurora solía sentarse llegó a sus oídos, tan nítido que hizo que su piel se erizara al instante. Incluso muerta, la presencia de su madre era opresiva. Oscurecía las paredes y cargaba el ambiente con una bruma que la clavaba al suelo.

Olía a ella.

Gracia no se movió al oír el ascensor detenerse en su rellano, ni cuando la puerta interior de la cabina siseó al abrirse. Tampoco cuando oyó los susurros amortiguados que encerraban frases de disculpa: «perdón», «esto es algo estrecho», «pase un buen día». La palanca abatible gimió al estirarse y sonó a vacío roto, como cuando se abre una jarra de mermelada, o de tomate, o de lo que

sea. Después, sintió cómo la puerta exterior caía de nuevo sobre el marco y el motor se llevaba la caja a otro lado.

Imaginó a su visitante intentando orientarse afuera. Había cuatro puertas de roble muy parecidas y ninguna tenía número.

Finalmente, los pasos, largos y dubitativos, se acercaron a su piso. Cada uno provocaba un eco metálico que alzaba el vuelo hasta confundirse con el siguiente. Era como cuando un nadador salta a la piscina y rompe la superficie del agua.

Aprovechó para limpiarse el sudor de las manos en la bata del uniforme de enfermera y estiró el brazo hacia el pomo en el preciso momento en el que sonó el timbre. Se mordió el labio y tardó un par de segundos en abrir. Cuando lo hizo, el recién llegado sonreía ampliamente.

—Hola. ¿Gracia? —preguntó—. Por fin nos conocemos en persona. Soy Luis, de la inmobiliaria. Feliz año.

Estaban ya a día quince de enero y le resultaba absurdo seguir con la tonadilla, pero no se quejó.

—Feliz año.

Se dieron dos besos. El hombre debía de tener cuarenta y pocos como ella, aunque el aspecto de Gracia era mucho más juvenil. A él le faltaba pelo y era pequeño. Enclenque. Las carpetas y los dossieres que cargaba parecían enormes en sus brazos. Le torcían el cuello de la camisa y del abrigo.

Ella lo observaba, esbelta y delgada, con unos ojos grandes cuya inexpressión se desmarcaba de una sonrisa que llevaba tan puesta como el uniforme y el moño. Apretaba los labios.

A Luis le incomodaban los silencios. A ella no.

—Creo que no os funciona el videoportero —remarcó él.

—Van a venir a revisarlo. Pero yo te oía.

Luis la miró como si lo que acababa de decir fuera trascendental, y asintió firmemente.

Después, y sin ningún disimulo, inspeccionó el recibidor del piso. Gracia se hizo a un lado. Había un mueble de madera oscura y la mujer no supo si decirle que ahí guardaban algunas revistas

y zapatos. ¿Debía abrirlo para mostrárselo? Si vendía el piso amueblado, mucho mejor. Pero Luis ya estaba en otra cosa y tenía los ojos clavados en la columna de mármol sobre la que descansaba el macetero. También había un perchero del que pendían su abrigo y el bolso.

Gracia no sabía exactamente qué tenía que explicar. Se llevó la mano izquierda a la cara y se pellizcó el labio inferior con los dedos. Lo hacía siempre que no sabía qué hacer con las manos.

Después volvieron a mirarse y los dos sonrieron.

—Cuatro habitaciones —dijo él, con los ojos clavados en los de ella—. No se ven ya muchos pisos con cuatro habitaciones.

—Es antiguo.

Ambos miraron hacia el corredor que se abría ante ellos. Gracia observó a Luis y se preguntó cómo se vería su piso a través de los ojos de él. Porque a veces los matices se hacen invisibles con el paso del tiempo, y las tonalidades del mármol del suelo se difuminan junto a las fotografías y la textura de las cortinas.

Comenzaron a caminar y Gracia, en la mirada del hombre, recuperó los detalles olvidados y corrientes. Él la seguía de cerca. El papel pintado de las paredes dibujaba formas geométricas en tonos ocres que se intersecaban entre sí en un juego de líneas imposible. De vez en cuando se veían interrumpidas por algún plato de cerámica o el retrato de un paisaje.

—Esta es la cocina —dijo ella, pasando a la primera habitación—, aunque... es evidente.

El hombre sonrió. Asomó la cabeza y la metió dentro antes que el cuerpo. Los electrodomésticos eran modernos, pero las puertas de los armarios, de virutas de madera prensada, estaban algo hinchadas por la humedad. La bancada de mármol naranja debía de ser de origen. También los azulejos en las paredes a juego con los del suelo. Estaba impoluta, como el resto de la casa.

Luis suspiró.

—Van a querer reformarla entera —dijo, mientras alzaba la vista para fijarse en la talla del techo y los estantes altos.

—Claro —asintió Gracia.

Luis dio una vuelta sobre sí mismo.

—La casa de tu madre, me acuerdo de que lo mencionaste... Se nota que es un piso de persona mayor, pero ya sabes, por ahí hay de todo y para gustos, colores... Imagino que tu casa será muy diferente.

La mujer lo miró fijamente.

—Vivo aquí —dijo.

A Luis se le congeló la sonrisa y Gracia echó un vistazo a los armarios y la bancada. A las cortinas de hilo cosidas a mano por Aurora y la panera.

—No quería decir que... —intentó disculparse el hombre.

—Mi madre estaba enferma y los cambios no le sentaban bien.

Luis asintió. Seguía con esa mueca de disculpa en la cara, mientras que con los ojos pedía a gritos que la tierra se lo tragara.

—El cuarto de baño grande sí está reformado —explicó Gracia, al llegar a la siguiente habitación—. Quité la bañera para poner una ducha. Por mi madre.

El hombre se escurrió por delante de ella hasta el aseo.

Se había medio repuesto del traspie y hablaba sin parar mientras inspeccionaba los acabados y abría el mueble del lavabo para comprobar el espacio de almacenamiento. Dijo algo sobre las duchas y las diferencias entre una bañera exenta y una encastrada. Después mencionó otra cosa acerca de no sé qué estado americano que obligaba a que las bañeras se colocaran solo en el jardín. Luis quería que las palabras nuevas borrarán las anteriores, como cuando escribes tanto que lo que queda al principio de la página deja de verse. Por eso amontonaba las oraciones y las escupía con prisa.

Gracia esperó pacientemente a que terminara su verborrea y se dirigieron a la siguiente estancia.

—Una salita —dijo.

Pero la cortina estaba echada, la persiana bajada y el cuarto a oscuras. Gracia no había entrado en días.

A través de la oscuridad podía ver la silueta de su madre.

—¿Doy la luz? —preguntó Luis.

Gracia tensó los músculos. Si él no la veía, voluminosa, evidente, con el cuello ancho y plegado como una bufanda sobre los hombros, es que solo existía en su cabeza. Es que no estaba.

—Un momento —dijo ella, sorteando de memoria la mesa de café para acercarse a la ventana. Le temblaban las manos y, por un segundo, al incorporarse sobre la butaca para acceder a la cuerda de la persiana, olió a Aurora.

Olía a su colonia de rosas y a laca de uñas. Olía a cremas y a la humedad de su pelo.

Gracia agachó la vista hacia el lugar en el que la mujer pasaba las horas enfrascada en la costura y la vio. La miraba de vuelta con los ojos muy abiertos y las pupilas diminutas y perdidas.

«Jilguerito».

La voz de su madre se escurrió como brisa helada hasta su oído e, instintivamente, Gracia encogió el cuello contra el hombro para protegerlo. Se volvió hacia Luis, que la observaba paciente desde el quicio de la puerta. No había oído nada, ¿verdad? Lo hubiera dicho. No se habría callado algo así.

Respiró hondo. Aurora solo estaba en su imaginación. Su madre la observaba a través de la oscuridad y el tiempo, con la cabeza hacia atrás y los ojos marchitos. Estaba muerta. Podía leerlo en las manos desparramadas sobre los reposabrazos y la forma en la que un pie se torcía al tocar el suelo.

«Muerta y enterrada. Muerta y enterrada», se dijo a sí misma.

Cerró los ojos y apretó los puños y los labios para frenar el pulso que se le disparaba. Cuando abrió la persiana, apresurada, la habitación se llenó de una luz intensa que engulló con ansia las alucinaciones y las sombras.

—Muy amplia —sentenció Luis, satisfecho.

Gracia contempló de nuevo el sillón. Estaba vacío, aunque el aroma de su madre todavía flotaba en el lugar en el que se había dibujado su contorno.

Se rascó el oído.

—Sigamos —indicó, tratando de recobrar la calma.

Le mostró el salón y otro baño antes de llegar a la que había sido la habitación de Aurora. La ventana daba al patio de luces. Había una cama amplia con mecanismo para subir y bajar el respaldo o las piernas, un par de estantes vacíos, un armario de pie y una cómoda. Olía a desinfectante. Había fregado el suelo y las paredes con lejía cien veces, pero todavía notaba, calcada en la pared, la silueta del gotero y la máquina con el oxígeno. Podía oír el pitido de la máquina en su cabeza. Después de más de tres meses con sus noches vigilantes, había aprendido a regular la respiración con él. A veces jugaba a que, si perdía el ritmo, la máquina se enfurecería y se la tragaría. Eso es lo que hace el insomnio con los pensamientos.

Ya no había máquina, solo un hueco invisible que tendría que pintar.

—El dormitorio principal —dijo, a modo de presentación.

Luis la observó y asintió complacido. Se guardó los comentarios acerca de la cama o del estilo recargado de los muebles.

—Se pueden hacer armarios empotrados —dijo, señalando dos de las paredes.

Gracia asintió y echó un vistazo al armario de su madre. Estaba tallado en madera de roble con un cajón inferior. Podría considerarse una antigüedad. Aurora hubiera puesto el grito en el cielo al oír el comentario. Habría chillado; se hubiera revuelto en su butaca roja de rabia, los ojos a punto de salirse de las órbitas, la comisura de los labios cosida con saliva, el pecho subiendo y bajando con la respiración desacompañada; hubiera alzado los brazos para abofetear al aire y amenazado con degollar a ese enano irrespetuoso y malnacido y...

Pero Aurora no estaba.

—Lo que quieran.

—Es una vivienda excelente. Techos altos, dormitorios grandes... y esta parte es muy luminosa.

—Sí.

Pasaron al despachito y por último a la habitación de Gracia. Las paredes eran blancas y el mobiliario, neutro. Había una cama, una cómoda y un armario. Nada más. Luis la miró extrañado al reparar en el juego de pestillos que había en la parte interior de la puerta, pero no dijo nada.

La enfermera lo agradeció.

2

Gracia esperaba junto a la puerta del piso abierto mientras Luis caminaba de espaldas hacia el ascensor. Hablaba. No había dejado de hacerlo en ningún momento y el eco de sus palabras se encaramaba a las barandillas sin nada que detuviera su vuelo.

—Pues yo creo que lo tengo claro. Es céntrico, con la parada de metro y el río a dos pasos... Perfecto para montar algo: oficinas, una clínica... Ya me entiendes.

Ella decía que sí a todo y apretaba los labios. Lo único que quería era volver a entrar y cerrar de una vez la puerta de la salita. No le gustaba dejarla abierta. La butaca crujía bajo el peso de su madre. Era otro eco, esta vez estridente y punzante, que se arrastraba por el suelo del corredor y distorsionaba las formas geométricas de las paredes. Se acercaba a ella, inquisitivo.

El hombre seguía hablando:

—Y no te preocupes por lo del garaje. Hay un par de parkings cerca. Hace poco vendimos un piso muy parecido para, adivina: una agencia de detectives.

Luis rio, orgulloso de la anécdota, que escapó también por el rellano hasta los contiguos. Gracia esbozó una sonrisa cortés. Le daba exactamente igual lo que hicieran con el piso. Solo quería salir de allí cuanto antes y comenzar desde cero, dejar atrás los dolores de cabeza, la respiración que aún acompañaba con los aparatos que no estaban, y la culpa que la encontraba en cada rincón de aquella maldita casa y se le agarraba a las piernas.

La puerta contigua a la de Gracia se abrió y una anciana pequeña y arrugada de pelo blanco y ojos astutos se asomó afuera.

La que faltaba.

El hombre, que por fin había llegado hasta el ascensor, saludó amable.

—Buenos días —respondió la mujer—. Soy Pastora.

Debía de tener los ochenta largos y miraba a Luis con sumo interés.

—Hablamos, Gracia —dijo él, para rematar por fin—. Quedo a la espera de que me digas cuándo, y organizo al fotógrafo para lo del anuncio. Traeremos un par de complementos: flores y mantas de esas para echar sobre los sofás para darle un toque. Si tuvieras algo así, lo usamos, si te parece.

Se cambió las carpetas de mano para abrir la puerta del ascensor. Era más pesada de lo que parecía a simple vista e hizo una mueca, como quien descorcha una botella de cava. Después descorrió la puerta plegable y desapareció.

—Que tenga buenos días, Pastora —se despidió Gracia, impaciente por entrar al piso.

Pero la anciana no parecía conforme y caminó hacia ella.

—María Gracia, ¿ese era de una inmobiliaria? —preguntó. Gracia abrió la boca para decir algo, pero no supo el qué—. ¿Tan pronto? Que no hace ni un mes que has enterrado a tu madre.

La enfermera cerró los ojos un instante y la silueta absurda de la anciana formó un halo claro entre la negrura que le devolvían los párpados.

—Pastora, tengo que irme. Tengo turno en el hospital.

La vecina se echó la mano al bolsillo y sacó una carta doblada que Gracia observó atentamente.

—El cartero debe de haberse confundido. La ha metido en mi buzón, pero es tuya.

Gracia hinchó pecho. Otra vez. Meneó la cabeza y alargó la mano para rescatar el sobre, pero la anciana retiró la suya y ella suspiró.

—Pastora, que tengo prisa...

—Te la podría haber pasado por debajo de la puerta, pero así

aprovecho y te veo. Que no paras en casa, siempre estás trabajando. Me tienes preocupada.

Gracia negó mientras la miraba fijamente.

«Me tienes preocupada». Las palabras de Pastora resonaron, vacías, en su cabeza. Le dieron ganas de reír. Lo hubiera hecho si no se hubiera sentido tan drenada. Tenía que cerrar la maldita puerta de la salita.

Aquella anciana que ahora se mostraba tan diligente y atenta había oído cada uno de los golpes que su madre le propinó desde cría. Golpes que marcaron puntuales cada uno de los días, los meses y los años.

Décadas de gritos ahogados.

Aurora no había salido de su casa en treinta años, empeñada en asfixiar a su hija en su misma histeria, y la buena de Pastora nunca dijo nada a nadie. Siempre evitó cruzar la vista con la joven cuando había un ojo morado o un arañazo.

Ignoró cada una de las señales de auxilio.

La abandonó a su suerte.

Si esa vieja egoísta e ignorante hubiera dicho algo... tal vez... si Pastora hubiese avisado a la policía... Una llamada anónima habría bastado. Entonces todo sería diferente y el recuerdo de su madre no la agarraría por la espalda para sofocarle el pecho.

«Me tienes preocupada».

«Y una mierda», pensó Gracia. Pero, en lugar de decirlo, se limitó a escuchar.

La anciana seguía hablando:

—Los lutos hay que pasarlos, María Gracia. De los lutos no se escapa nadie. Ni trabajando ni nada. Tu madre era una persona muy absorbente. Muy intensa. Eso lo sabes tú bien.

Una llamada, solo una.

—Voy justa, Pastora.

La anciana por fin estiró el brazo y Gracia atrapó la carta de entre sus dedos. Después agarró la puerta, dispuesta a cerrarla, y Pastora la detuvo poniendo una mano sobre la madera.

—María Gracia, ¿no te da pena vender el piso de tu madre? Imagina que se meten unos emigrantes y te lo hacen todo polvo. ¿No te da pena que hagan eso con tu casa?

La mirada de la anciana hablaba con el resentimiento que sus palabras no le permitían expresar, pero Gracia sabía leer los ojos y las miradas.

—Yo la cuidé viva, Pastora, más no puedo hacer.

Cerró la puerta y dejó que el discurso de su vecina quedara invisible tras ella.

—El muerto al hoyo y el vivo al bollo —dijo Pastora, mientras se alejaba.

La enfermera se llevó las manos a la cabeza y, al verse sola, tomó aire y se apoyó contra la pared de su piso. Después cerró los ojos y respiró hondo. Tenía la carta agarrada en las manos y la dejó sobre el mueble del recibidor.

Un mes.

Dirigió la mirada hacia el corredor que se adentraba en las habitaciones y en las formas geométricas del papel de las paredes y creyó oír el pitido del ventilador que había alimentado los pulmones de Aurora antes de morir. El piso volvía a retorcerse y esta vez parecía un gran esófago de paredes oscuras y viscosas.

Su madre ya no estaba, pero había dejado un halo casi tangible que se le metía por la garganta. Apenas podía respirar, y no desaparecería cerrando la dichosa puerta de la salita.

Al sentir que su ánimo se alteraba, tomó el abrigo y el bolso del perchero y salió a la calle, rumbo al hospital.